

## Los banqueros están preocupados

«Todo depende de las condiciones meteorológicas. Después de dos inviernos excepcionalmente clementes —los de 1972 y 1973—, la mala estación se anuncia este año bajo auspicios un tanto desfavorables. El final de septiembre y el inicio de octubre han batido ya records de frío. De continuar la actual tendencia, el consumo de combustible para calefacción no sólo no va a ser inferior en un 10 por 100 al del año pasado, sino que puede incluso sobrepasarle, a pesar de las restricciones. Porque el gobierno, que se niega a movilizar la opinión pública —como sería preciso—, no podrá, ni práctica ni políticamente, obligar a los franceses a tirar si caen grandes heladas». Es el diagnóstico de los responsables de las compañías petroleras.

Ahora bien, una diferencia de pocos grados por debajo de la temperatura media invernal se traducirá en un suplemento de consumo de decenas de millones de toneladas a escala del continente europeo. En tal caso, la demanda de petróleo, que es actualmente inferior a las posibilidades de producción, volverá a sobrepasarla. Y los productores de petróleo tendrán un nuevo triunfo en sus manos, que les permitirá aumentar el precio del crudo.

En efecto, los miembros de la OPEP se muestran por el momento unánimemente favorables a la prosecución de la política de elevación de precios, aunque sus motivaciones sean otras. Arabia Saudita, que es el productor número uno y tiene sus arcas llenas de dólares, se había pronunciado durante largo tiempo a favor de la baja, por boca de su ministro de la Energía, Yamani. Hoy, ese país hace del petróleo un arma de la guerra santa. El gobierno del Rey Faisal subordina ahora la baja a la evacuación de todos los territorios árabes ocupados por Israel, Jerusalén incluida. En Argelia y demás países petroleros empeñados en un proceso de industrialización acelerada, los responsables no sólo son favorables a una elevación de los precios del crudo, sino que son hostiles a una reducción concertada del consumo de los países industriales.

Otros países productores no árabes, como son el Irán, Nigeria, Indonesia o Venezuela, están más preocupados por la inflación que por el conflicto con Israel. En Teherán, Yakarta o Caracas se dice: «Cuando los precios de los

cereales o de los equipos industriales exportados por Estados Unidos y Europa —que han aumentado en proporciones fantásticas en los dos o tres últimos años— comiencen a bajar, haremos lo mismo con el petróleo. Solucionad primero el problema de la inflación y reorganizad las finanzas; entonces podremos ponernos de acuerdo».

Como escribe «Newsweek», «los árabes no tienen en absoluto la intención de dejarse dictar una línea de conducta. Están determinados a que les traten como a una superpotencia monetaria, que es en lo que se están realmente convirtiendo». Una personalidad política árabe de primer plano, interrogada por el semanario norteamericano, declara: «Lo que hace falta ahora son negociaciones sobre el desarme monetario tipo SALT. Tenéis que adaptaros a la nueva relación de fuerzas en el tablero financiero, y que aprender a tratar con nosotros de igual a igual».

La guerra del petróleo se conjuga hoy, pues, con una guerra monetaria. Los países productores, que dispondrán próximamente de unos cien mil millones de dólares en reservas, se niegan a «reciclarlos»; es decir, a prestarlos a los países que entregaron esa suma a cambio de petróleo. Desean, por el contrario, invertir

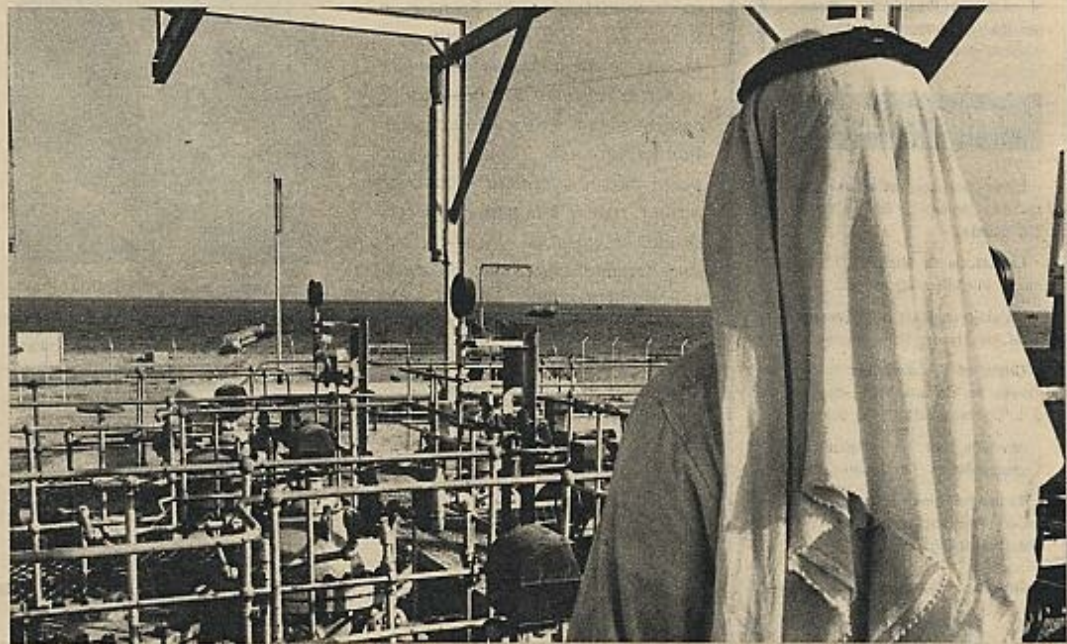
los allí donde más les convenga desde el punto de vista de la rentabilidad y de la seguridad.

Ahora bien, los establecimientos financieros mejor habilitados para invertir los dólares de que disponen los productores de petróleo, se encuentran casi todos en una posición vulnerable. En Estados Unidos, tras la quiebra del Franklin Bank de Nueva York, que no ocupaba más que el vigésimo puesto en la jerarquía de los Bancos americanos, el «Sancta Sanctorum» se encuentra en una situación desfavorable. David Rockefeller, jefe de la dinastía (su hermano Nelson acaba de ser nombrado vicepresidente de Estados Unidos), se ha visto obligado a reconocer que el Chase Manhattan Bank —segundo Banco de Estados Unidos, del que es presidente— había hecho público un balance falseado. Uno de sus vicepresidentes, Hilliard Farber, ha sido «dimitido» por haber disimulado las pérdidas bursátiles, de las que era responsable por haber publicado cuentas inexactas. El portavoz del Banco terminó confesando pérdidas por un importe de 34 millones de dólares.

Mientras el Chase Manhattan reconoce estar atravesando un período crítico, se reciben noticias de que el gigantesco imperio del financiero italiano Sindona se ha venido abajo, y que las pérdidas debidas a la quiebra del Banco Herstatt de Colonia son mucho más ingentes de lo que se decía, y que ello acarreará dificultades para varios Bancos franceses. Un importante banquero francés me confesaba recientemente: «La mayoría de las instituciones bancarias, grandes o pequeñas, sufren

pérdidas. Sus enormes carteras de acciones y obligaciones se han visto recortadas en un 30 o un 40 por 100 por la baja de la Bolsa de París y de otros lugares. Las especulaciones con divisas, que tantos beneficios reportaban antes, entrañan hoy grandes pérdidas. Los créditos a largo plazo, que antes se concedían a bajos índices de interés, ya no resultan remuneradores, sino muy costosos para el organismo que hace el empréstito. Se acabó el período de prosperidad para la Banca. En Francia, varios establecimientos bancarios en apuros se disponen a despedir a parte de su personal.

La crisis monetaria, endémica en los últimos años por culpa de la inflación, se ha visto exacerbada por la elevación del 400 por ciento del precio del petróleo, que motiva el que decenas de miles de millones de dólares salgan de los países consumidores con destino a las arcas de los emires del golfo Pérsico. Una parte de esos dólares queda inmovilizada en esas arcas, mientras que el resto se dedica a la compra de inmuebles en pleno centro de París o Roma, o de paraísos turísticos en California, en lugar de ir a parar a los Bancos, en los que desconfían estos nuevos ricos. Ahora bien, si los Bancos —ya en mala posición— se ven privados de ese importante aporte, si sufren los efectos de la desconfianza de sus imponentes, todo el sistema de financiación del mundo industrial corre el peligro de griparse. En los años treinta, fue por la quiebra del Banco vienés Kredit Anstalt por donde comenzó la crisis en Europa. ■ JACQUES MORNAND.



La crisis monetaria, endémica en los últimos años por culpa de la inflación, se ha visto exacerbada por la elevación del 400 por 100 del precio del petróleo, que motiva el que decenas de miles de millones de dólares salgan de los países consumidores con destino a las arcas de los emires del golfo Pérsico.